



FORO ABIERTO

DEBATE

Olivier Mongin, Benoît Chantre y Joël Roman

Crítico literario, dramaturgo y ensayista; Filósofo y ensayista. Dirige la revista *Esprit*, la colección *Questions de Société* en la Editorial Hachette, y la colección *La couleur des idées* de la Editorial Seuil; Filósofo, ensayista y editor.

106 **B**ENOÎT CHANTRE: *Su reflexión sobre la ciudad es inseparable de un doble interrogante que se reproduce constantemente: el primero está relacionado con el futuro de la democracia y el segundo con la posibilidad de un «nuevo espíritu utópico». Parece, sin embargo, que este último se presenta en forma defensiva y no afirmativa. La utopía surge contra algo, al mismo tiempo que la ciudad se reinventa contra lo urbano... Por lo tanto, más que expresar el deseo de inventar algo nuevo, lo que hace es representar una resistencia. ¿No es éste un signo de agotamiento de la utopía?*

OLIVIER MONGIN: En efecto, el interrogante sobre el futuro de la democracia me lleva a interesarme vivamente por los interrogantes contemporáneos sobre la ciudad. Si éstos desempeñan el papel de imaginar una manera de «estar juntos» en el espacio que se diferencia de la ciudad tradicional (lo que ha sido definido por otros y por mí mismo la ciudad «clásica» europea y de la cual existen numerosas variantes) y, a la vez, de la ciudad futurista ligada a la utopía radiante, las reflexiones de arquitectos y urbanistas pueden enseñarnos mucho sobre nuestra capacidad de imaginar (o no) proyectos utópicos inéditos, utopías que no se conviertan en realizaciones mortíferas. No hay que equivocarse: distanciarse de la utopía radiante no implica condenar la idea misma de utopía. Someter a juicio las malas utopías –las que han alimentado los «crímenes del siglo XX», en palabras de Vaclav Havel– no significa cuestionar el deseo de utopía. Se intuye de varias formas: a nivel de especulación filosófica, el *principio responsabilidad* de Hans Jonas ha substituido al *principio esperanza*, es decir, al «principio utopía» de Ernst Bloch; hemos ido pasando de una concepción radiante de la democracia a una concepción más frágil, menos activista. Esta concepción «debilitada» de la utopía puede decepcionar, pero la utopía hoy día sólo puede

nacer de una crítica de las utopías negativas. No es algo nuevo: ya en el siglo XIX se reconsideró la utopía en función de una denuncia de las utopías abusivas. Esta es la razón por la que el terreno urbano me parece ahora tan instructivo. Por una parte, remite a las inquietudes de la ciudad como concepto político-social, por otra, da a algunos profesionales de la arquitectura y del urbanismo la oportunidad de esforzarse por inventar una ciudad diferente. Pero una ciudad diferente que se distinga de la ciudad futurista de ayer. Se comprende, entonces, dónde puede intervenir la dimensión utópica de la ciudad contemporánea: tanto frente a la utopía radiante (de carácter cientificista, que se apoya en la hipótesis de una ciencia del hábitat), como frente a la utopía de lo urbano (tecnicista y realista). Hay que volver a emprender la lucha utópica contra estas desviaciones del espíritu utópico. Por otra parte, ¿se ha concebido jamás la utopía a sí misma de otra forma que «en contra», para denunciar situaciones alienantes, invivibles? En ello estamos y no hay motivo para rendirse.

B. C.: Pero ¿piensa Ud. que los medios profesionales a los que ha hecho alusión son realmente conscientes de la importancia de estos envites políticos? ¿No es acaso excesiva la confianza que les concede, cuando, en realidad, ellos también se han convertido en técnicos, a su manera?

O. M.: No nos dejemos engañar por las apariencias, como se suele decir. O bien ponemos claramente en tela de juicio las buenas intenciones de los arquitectos que hoy redescubren, un poco tardíamente, el sentido de su misión, o bien confiamos en ellos, sin temor a criticarlos, a preocuparse de las desviaciones financieras y mediáticas de las cuales con frecuencia son víctimas complacientes. Personalmente, desconfío de la primera opción, no es muy apasionante y no respeta la reflexión emprendida por muchos arquitectos y urbanistas desde hace unos años. Aunque esta reflexión pueda inspirar desconfianza, no hay duda de que es más sutil y sobre todo más político intentar relanzarla y reactivarla. Existen libros, artículos, revistas, catálogos, exposiciones, etc., y toda esta exuberante producción demuestra que el interés por la ciudad no se puede reducir a intereses profesionales, a posturas mediáticas, o a entusiasmos nostálgicos hacia un «objeto desaparecido». Pensemos en muchos de esos arquitectos llamados «mediáticos» porque tienen cierto éxito: son personas que no tienen miedo de afirmar que su trabajo tiene un significado político profundo y que es urgente volver a ejercer de arquitectos en beneficio de la ciudad. No he inventado yo la expresión de tercera ciudad, de «III era» de la ciudad, sino Christian Portzamparc, un arquitecto que reconoce que la arquitectura contemporánea ha dejado la ciudad en segundo plano para dedicarse a construir objetos bellos (grandes o pequeños) fuera de cualquier entorno urbano, y así desde hace gene-

107

raciones. Quizás haya llegado el momento, aunque tardío, de apoderarse del tema de la ciudad a nivel político: en este contexto, corresponde a los arquitectos desempeñar un papel decisivo. Esta constatación es una forma de volver a la pregunta sobre la utopía que me había planteado hace un instante: los arquitectos de la tercera ciudad no pueden ser considerados simplemente como personas que «reparan» ciudades en descomposición, que planifican, en la medida de lo posible, ciudades sometidas al yugo de lo urbano. Su cometido es recomponer un mundo de urbanidad, reinventar las ciudades más que imaginar una ciudad diferente, la ciudad perfecta y sin defectos. En este contexto, la constatación lúcida de la existencia de un reino de lo urbano no debe impedir a los que lo deseen hacer de la ciudad un asunto que nos implica a todos.

JOËL ROMAN: *Lo mínimo que se puede decir es que el debate sobre la ciudad es un tema de actualidad y que no brilla por su carácter utópico. Con ocasión de las elecciones municipales de junio de 1995, el Front National provocó una fuerte inquietud. Se tuvo la impresión de que la conquista de las ciudades en el sur de Francia, considerada como una amenaza desde hace años, causaba un desasosiego mucho más radical entre los demócratas. Tomar una ciudad es marcar una etapa decisiva...*

108

O. M.: Esta es la cuestión central de los interrogantes sobre la ciudad. Los que quieren ver el debate sobre la ciudad como una puesta en escena más, destinada a agrandar a algunos alcaldes o arquitectos faltos de éxito, se equivocan absolutamente. Pura y simplemente han olvidado que la política exige un marco, un espacio (la *polis* fue lo que en Grecia hizo posible la deliberación) y que el nacimiento de la democracia es indisoluble de la política. Que la ciudad tiene que ver con la política está ahora más claro que nunca. Por un lado, imperan los destructores de las ciudades, y los serbios se han aprovechado enormemente de la impotencia internacional para apoderarse de ciudades denominadas «enclaves». Por otro, en las democracias que están yendo más allá del marco nacional la municipalidad aparece como un retiro posible (un enclave, pero en sentido opuesto) que protege de las invasiones y permite afirmar la prioridad nacional.

Desde esta óptica, la ciudad se encuentra doblemente tomada por asalto: la destruyen como bárbaros desde el exterior y al mismo tiempo se sirven de ella para protegerse de los «bárbaros». La ciudad en sentido estricto es un enclave, que protege de los bárbaros y que permite aislarse de los demás, defenderse de la presencia de los extranjeros. Para los adversarios de la ciudad democrática, la villa es un espacio del que hay que apoderarse, bien por medios militares, bien mediante elecciones. Es algo que se comprende mejor que nunca en Europa, y en particular en Francia: la ciudad vuelve a ser el centro

de los debates porque plantea la cuestión del nivel de la acción política (nacional, municipal, regional, supranacional, mundial). La crisis del marco nacional vuelve a situar a nivel de la ciudad la cuestión de la acción política. Sin embargo, hemos comprendido que la acción municipal puede orientarse en dos sentidos claramente contradictorios: el que lleva a la destrucción del espíritu de la villa como aglomeración urbana y el que conduce a la reconquista del espíritu de la ciudad como concepto político-social.

J. R.: Pero esta ciudad a la que alude usted de nuevo sigue apareciendo como un espacio que sobrevive protegiéndose de lo que existe fuera de él. Se habla de «relegación», de periferia... Lo mínimo que se puede decir es que la ciudad soñada o la ciudad reivindicada tiene mejor salud que las ciudades periféricas que han ido surgiendo en sus alrededores.

O. M.: Tiene razón. Quien intente revalorizar la idea de ciudad contra la lógica cada vez más extensiva de lo urbano (la del territorio) no deberá poner entre paréntesis lo que ocurre en el exterior de la ciudad. Las dificultades de la ciudad son inseparables de lo que ocurre fuera de ella. No basta con juzgar en abstracto el reino de lo urbano, también hay que tomar como punto de partida los daños que lo urbano provoca en la periferia de las ciudades, o en las ciudades mismas (las megalópolis). Si la ciudad, la tercera ciudad de la que habla Christian Portzamparc, debe reinventarse contra la lógica de una urbanización que ya no respeta el espíritu de la ciudad como concepto político-social, no volverá a encontrar significado mientras no comprenda que su destino está ligado a esas periferias que curiosamente llamamos ciudades. En una película controvertida *—El odio—* Mathieu Kassovitz ha mostrado recientemente que la periferia es un (im)puro producto de la ciudad, que es una protuberancia, que no existe sin la ciudad que la «relega». La ciudad no se constituye en contra de la periferia, a menos que se renuncie definitivamente al espíritu de la ciudad como concepto político-social y que se acabe por creer que las «últimas ciudades» son «retiros», fortalezas que permiten protegerse de los enemigos (imaginarios o no). Bien al contrario, la ciudad debe imaginar una manera de aglomerar a los individuos en el espacio (y no de disociarlos). Por muy realista que fuese, Maquiavelo ideó la política moderna en el marco de una ciudad en sentido clásico, de una ciudad. En aquella época, la ciudad-Estado era un modelo, hoy la ciudad es un elemento de un conjunto más amplio. Ya no es un Estado, ni siquiera un Estado dentro del Estado (o elemento de una red), es uno de los ámbitos donde se hace de nuevo concebible reinventar las condiciones de una acción política democrática. La ciudad es inseparable de la política, pero la política no siempre está marcada por el espíritu municipal, por el espíritu de la ciudad como concepto político-social, indisociable de la democracia. ©